

CAYUCOS DE IDA

El cadáver del anciano llegó a la orilla a las tres y cinco (hora española). El mar no se inmutó ante los gritos: fueron varios, atravesados por carreras enlentecidas de arena y sal, la curiosidad mórbida agazapada entre intentos estériles de socorro. Fue el día más caluroso del verano. Nadie supo detener la impiedad de la marea, arrojando insistentemente rostros muertos contra las rocas, escupiendo esperanzas fútiles y veintidós latidos rotos a las costas. Los que tenían hijos decidieron huir: aún eran demasiado jóvenes para que un momento de pánico destrozara su inocencia. Otros simplemente contemplaron: alguien aparecería para enterrarlos.